

es una estética; y además está en imágenes; y aunque nos digas que son imágenes torpes, de estudiantes, sin madurar, *está en imágenes*, incluso tú mismo las has editado en imágenes. Y nosotros las valoramos en su verdadera dimensión, las entendemos, las aplaudimos en su intención, pero también las devoramos e incluso las digerimos.

Y tenéis que convencernos de otra cosa: tenéis que convencernos de que Krier es sólo una *potencialidad* (únicamente), de que Krier es sólo posible; y eso va a ser todavía más difícil. Porque nuestros ojos de maleducados aficionados al *objeto*, de desencuadrados humanistas de asumida contradicción entre teoría y práctica, lo ven, a

Krier, no sólo como posible, sino como probable. Oh sí, lo entendemos, lo entendemos muy bien; además estamos de acuerdo; pero sus monumentos, sus edificios públicos, tienen un sabor a objeto, tienen leyes formales de composición, tienen forma arquitectónica. Krier va por el mundo como una bandera, haciendo una llamada (¿es publicitaria, Maurice?) hacia lo que los dos defendéis, lo que los dos queréis decir: y es una llamada en imágenes. Así que tenéis que convencernos a nosotros, los convencidos, los que pensamos lo mismo, de que las cosas no son en el fondo lo que en el fondo parecen.

Y aún os queda más por hacer. A ver cómo os las apañáis para que las imá-

genes que produce Krier, también las que producen los alumnos de La Cambre, no nos las encontremos un día de formadas, fuera de escala y *construidas*, en la periferia o en un suburbio que podría estar realizado en cualquier ciudad *destruida* de Europa o, peor aún, en América. Ya sabemos, lo sabemos muy bien, construir *no demuestra nada*. Pero, ¿demostraría algo que la gente construyese, masivamente, a lo Krier?

Sinceramente vuestra, mis dos caballeros. Ojalá nunca existan suburbios a lo Krier, ojalá salga bien... Y, en todo caso, muchas gracias.

Helena Iglesias.

Post modernismo/ Post industrialismo Culot/Krier

La reciente visita a España del dúo Culot-Krier (León), con escalas sucesivas en Valladolid, San Sebastián y Barcelona, y con prolongación de Krier a Madrid, ha permitido conectar directamente con unas de las propuestas más totalizadoras en la actual toma de posición arquitectónica, y ha dado lugar a un conato de debate colectivo sobre ellas, aunque limitado, porque la barrera del idioma todavía nos lastra en nuestro contacto con la extranjería y los niveles escolares en este momento no son muy propicios.

De las muchas y complejas actitudes coincidentes en señalar la defunción irreversible del mito modernista —por supuesto que entendido como *solución*, ya que tiene máxima vigencia como *realidad*—, actitudes que ya empiezan a ser historizadas y catalogadas en las tablas de Mendeleiev del post-modernismo, Culot y Krier encarnan, aunque en diversa medida, una postura ante la situación que no nos parece suficiente identificar sólo con su referencia al marxismo, sino, más aún, con un verdadero proceso al industrialismo

tecnológico en todos sus frentes. En la profundidad de sus principios conceptuales —más radicales en Krier y más operativos en Culot— alienta algo del antiguo grito de *Changer la vie*, de Rimbaud. Sus valencias fundamentales son la referencia a la ciudad, como macroescenario del drama actual del hombre y su espacio cotidiano, y la referencia a una *nueva conciencia*:

Plantea así, a la vez, una cirugía extensa y profunda que desencaneda, lógicamente, la mezcla de aceptación-rechazo de todas las operaciones que actúan a gran escala.

Si partimos de las componentes que pueden identificarse genéricamente en los post-modernismos, según Paul Goldberg, como el paso de la *austeridad puritana* a la *complejidad indulgente*, el predominio de la imagen sobre la forma, la elección de valores social-emocionales sobre valores intelectuales y la historia como fuente de imágenes (el *collage* como proceso proyectual), todo es situado por C/K en el seno de la ciudad, con el fin de transformar la tecnópolis en espacio habitable. La arquitectura es arquitectura urbana y el edificio ya no es objeto, sino *fragmento* justificado en su contexto global. La historia es historia de la ciudad:

Por último, la imagen y el grado de complejidad y riqueza semántica del lenguaje arquitectónico debe referirse a la dialéctica urbana de lo público-

colectivo y lo privado-individual, planteando la relación entre monumento y trama cívica:

Aparece así un nuevo *slogan* que implica una clara toma de posición: *Housing is not a monument*, que les sitúa en los antípodas de los primeros Five, con sus exquisitas-pequeñas-casas-unifamiliares, y, por supuesto, frente a la tradición del M. M.; aunque esto no haya sido exactamente así, señala Goldberg con algo de cinismo que en todas las contra-revoluciones pueden permitirse ciertas simplificaciones de la revolución original.

Pero sobre esta actitud urbana, tan habitual ya en los tiempos que corren, articulan reconsideraciones radicales y provocativas de las bases institucionales y funcionales de la sociedad, que nos permiten establecer cierta convergencia con los planteamientos de *ecología política radical* de Ivan Illich (*La convivencia*, Barral, 1974), y en los que parece flotar una coincidencia en la consideración de que los problemas y las soluciones dependen, más allá de alternativas políticas, de los niveles de instrumentación tecnológica. Estos planteamientos de Illich no los suscribirían sin más Culot/Krier, en lo que tienen de *metapolíticas*; ellos afirmarían, más bien, que no depende *solamente* de la forma de apropiación de la herramienta. Pero, sin embargo, sí parecen coincidir con la necesidad de establecer los *umbrales críticos* o de

nocividad de Illich, más allá de los cuales las soluciones degeneran en creadoras de problemas, y donde las tasas de frustración desbordan los límites admisibles. Es lo que denomina *la perversión de la herramienta*, propia del hombre superinstrumentado y superalienado. La radical eliminación del automóvil y de la construcción industrializada *per se* en instrumentos que impedirán el *equilibrio convivencial*, en lo que Illich también se define radicalmente: *Bajo convivencialidad entiendo lo inverso de la productividad industrial*; es decir, el equilibrio post-industrial sólo se obtendrá —en las instituciones y en la construcción del espacio— a través de una *reconversión convivencial*.

La evidencia de haber traspasado esos umbrales se manifiesta, por supuesto, en el transporte; el mito de la movilidad ha caído ante la creciente *creación de distancias* que el transporte genera.

También parece fuera de duda que la ciudad tecnificada, zonificada y automovilizada crea ya más problemas de los que resuelve, como explícitamente indica Krier en sus escritos.

Para ser justos históricamente, este concepto de umbral crítico ya había sido anticipado por alguno de los maestros más lúcidos y apartados de la ortodoxia moderna, como Aalto, al afirmar que la arquitectura de paralelepípedos de cristal llevaría a *un punto de no retorno* (ver A. A., junio 1977. Recogido de Ark, 1958).

Si se pretende, pues, conseguir la sustitución de la relación industrial-capitalista por la relación convivencial —equivalente a la *comunitariedad* de que habla Castilla del Pino— hay que establecer el uso de las *herramientas convivenciales*, lo que suscita no poca hostilidad, según analiza Illich: *Estamos en tal grado deformados por los hábitos industriales que ya no osamos considerar el campo de las posibilidades; para nosotros, renunciar a la producción en masa significa retornar a las cadenas del pasado o adoptar la utopía del buen salvaje*. No es extraño así que en la exposición de sus propuestas flotarán sobre C/K las acusaciones de medievalismo, barroquismo, romanticismo, etc., al ver que aquella teoría de plazas, calles y monumentos, donde la apacibilidad circulatoria aparece más alterada por las aviones y los globos que por los automóviles.

El carácter de autolimitación aparece inequívocamente en el torno de Krier a fuentes urbanísticas tan olvidadas como el Otto Wagner de 1911 o, sobre todo, el viejo Saarinen y sus conceptos de *descentralización orgánica y comunidad funcional* (recogidos en *The City*, ed. orig. 1943. Trad. esp.: *La ciudad*, ed. Limusa Wiley, Méjico, 1967). Allí se plantea la oposición a la zonificación y a la mecanolatría del desplazamiento: *No estamos sugiriendo la eliminación de los modernos medios de transporte. Estos deben utilizarse cuando sea práctico y adecuado, pero ninguna planificación debe contener como uno de sus fines el uso obligatorio de estos medios para todos en el trabajo diario*.

Este nuevo ludismo progresa se encuentra, naturalmente, en radical oposición con todos aquellos para quienes las características de la sociedad tecnológico-capitalista son *datos*, pero no *umbrales*, y contra aquellos para quienes, como Venturi, el Strip es una fiesta; podríamos afirmar que en un sentido análogo se expresaba Theo Crosby, al establecer el futuro valor del monumento en un mundo donde no se cuestionaba la movilidad mecánica y la arquitectura tecnológica y deshistorizada.

Por supuesto, para C/K el monumento no puede —no debe ser— el refugio de la identidad colectiva en un entorno alienado, sino, por el contrario, un elemento en diálogo con el entorno físico y proxémico. También aquí se puede señalar la radical diferencia de angulación con Venturi, que se concreta en la antitética lectura que ambos realizan del plano de Nolli de Roma, de 1748; si para Krier la continuidad, gráficamente señalada, de espacios públicos libres y espacios monumentales reflejan la armónica relación que hay que restaurar, para Venturi esta relación es «actualizable», sin más, a términos tecnológicos reflejados en la dualidad casino-strip: *La iglesia de Roma en las calles y plazas está abierta al público; el peregrino, religioso o arquitectónico puede caminar de una iglesia a otra. El jugador o el arquitecto en Las Vegas puede también entrar en varios casinos a lo largo del Strip*. Sin comentarios.

La actitud ideológico-profesional de Culot/Krier se nos aparece, así, bajo la forma de lo que Marcuse denominó *métodos heréticos*, como sistema para contestar al sistema desde dentro: *Yo diría que en la sociedad actual siguen exis-*

tiendo lagunas, intersticios en los cuales es posible practicar estos métodos heréticos sin sacrificarse absurdamente (El final de la utopía, Ariel, 1968). El diseño urbano adopta la forma de planificación *contra* frente a la planificación *para* según expresaba Giurgola (*Controspazio*, julio-agosto 1977).

La aplicación de estos patrones conceptuales debe articularse, necesariamente, en unas estrategias proyectuales alejadas del mecanismo ortodoxo basado en la relación encargo-proyecto. Ante todo, el proyecto adquiere el valor de *propuesta*, y en el caso de Culot, de *contrapropuesta* o *contraproyecto*; en segundo lugar, el valor de instrumento de crítica y pensamiento:

Si las propuestas de Krier, más tensas culturalmente, pretenden incidir en la formación de esa nueva conciencia mediante el uso de la *architettura di carta*, tan usada en revoluciones y contrarrevoluciones, Culot ofrece un activismo urbano más concreto, que se manifiesta en operaciones locales y, sobre todo, en magníficas *contenciones* del proceso destructivo hipercapitalistacomunitarioeuropeo de Bruselas; una vez más, como en Bolonia, puede afirmarse que conservación es revolución. Finalmente, en ambos aparece la dedicación pedagógica como verdadera plataforma de investigación y redacción de propuestas alternativas conectadas con la realidad, en clara oposición con la situación escolar clásica, lo que equivale a una contestación operativa al sistema (algo así como una contestación en axonométrica) lejos de puros enunciados textuales.

En resumen, el papel de C/K, en sus diferencias, viene a ser el de señalar nos la profundidad de nuestros males. Si Arthus Drexler, en el prólogo a los Five, señalaba: *Para quien realmente tiene talento para la arquitectura, ser arquitecto excluye toda novelería política, ahora, por el contrario, se aplica el talento con novelería no sólo política, sino metapolítica*. Si Drexler afirmaba también: *Se trata sólo de arquitectura, no de la salvación del hombre y de la redención de la tierra*, aquí se pretende la reconciliación del hombre entre sí y con su espacio, lo que puede que coincida con la salvación y la redención en la tierra. Desde luego, parece mucho. Pero nos tememos que las posibilidades de C/K son, en última instancia, los de todos nosotros.

Leopoldo Uría Iglesias.